Las 181 bibliotecas descritas en este suplemento a la *Guia das Bibliotecas Brasileiras* se inscribieron en el Instituto Nacional do Livro durante los meses de noviembre 1940 a junio de 1941, y con ellas ha aumentado el número de bibliotecas en el Brasil hasta 894.

ARTHUR E. GROPP,
*Librarian Middle American Research Institute,
Tulane University of Louisiana.*

OSCAR CASTRO Z., *Huellas en la tierra*.—Santiago de Chile, Zig-Zag, 1940. 155 pp.

Las historias de la literatura chilena no dicen nada de Oscar Castro. Las bibliografías no mencionan sus obras. A pesar de eso, con sólo un volumen se estableció como uno de los mejores cuentistas de su nación. El anuncio de que tiene en preparación varios dramas y que está terminando una novela, es de mucho interés.

Oscar Castro nació en Rancagua en 1910. Se educó en su pueblo natal, al sur de Santiago, donde el cobre de las minas de Sewell llega al ferrocarril central. Ha sido jefe de estación, secretario, empleado de una tienda; por ahora es maestro en el Liceo de Hombres, donde también es bibliotecario.

Su trabajo literario empezó como reportero en un diario izquierdista, *La Tribuna*. Luego estableció otro periódico y, al fin, fundó una revista quincenal, *Nada*, de la cual era editor, impresor y redactor único. La revista —en la cual aparecieron sus primeras poesías— se distribuía gratis a la vecindad. Además, con algunos amigos, contribuyó un programa literario a la radiodifusora de Rancagua, programa que continúa desde hace seis o siete años.

Como Zorrilla, quien ganó fama por una poesía suya leída durante el entierro de Larra, Castro se hizo famoso por un poema leído durante un homenaje a la memoria de García Lorca. Este "Responso a García Lorca" es favorito de los antologistas, y se encuentra en su primer tomo de poesías, *Camino en el alba* (Santiago, Nascimento, 1938). Después de haber ganado dos certámenes literarios, uno en Buenos Aires, publicó otro volumen de poemas, *Viaje del alba a la noche*, impreso a costa del autor en 1940.

Este autor —delgado y un poco caído de hombros— hoy día se pone el traje de los cuentistas. Tiene la misma facilidad de frase y la simplicidad que distinguía sus versos. Escribió algunos cuentos en momentos de ocio robados a sus deberes de periodista y de maestro. Reprodicen una gran variedad de escenas chilenas.

En un prólogo, Armando Bazán dice que el escritor nos da un mundo desconocido. No tiene razón. Castro nos presenta cuadros chilenos que traen un sentimiento de nostalgia a quienes conocen dicha nación.

La vida y el ambiente del guaso, representados en "El dotorcito", todavía perduran en muchas regiones de la república. Las minas de cobre de Sewell surgen como fotografías en "Entre nosotros". Las sendas torcidas y las alturas vertiginosas de los Andes aparecen de modo inolvidable en "Lucero".

El señor Castro nos da también una galería de tipos chilenos. El guía, Rubén Almos, nos llama especialmente la atención. En su caballo favorito, Lucero, Rubén se encuentra con otro viajero en el sitio más estrecho del camino entre Chile y Argentina. Ninguno de los dos caballos puede dar la vuelta. Ni uno ni otro puede retroceder hacia un lugar más ancho. Los dueños juegan a cara o cruz para ver quién tiene que hacer el sacrificio. Entonces el guaso Rubén, después de quitarle brida y silla, le dice adiós a su caballo y, con un golpecito, lo empuja al abismo.

Típico del amor de un inquilino chileno por la tierra es el cuento "Tierra ajena", en el cual Lisandro Pozo, después de haber trabajado durante setenta años en una hacienda, tiene que dejarla. El anciano peón vuelve a casa transido de dolor y muere de tristeza. Sólo usándola como sepultura puede guardar la tierra que le pertenece por el derecho de cultivarla.

Castro nos prueba que no pertenece al género de los escritores que creen que la tragedia es sinónimo del arte. Varios cuentos tienen un poco de alegría como, por ejemplo, "Chepa", que narra las relaciones entre una pequeña y su madre.

Algunas partes de esta obra son más bien bosquejos que cuentos, tal "Un hombre y un perro". Algunas ficciones, como la primera, "Don Benó", y "La conversión de Don Alberto", se parecen más a un cuento de sorpresa del tipo introducido por O. Henry. Otros tienen bases psicológicas más profundas que la mayor parte de los cuentos escritos al sur del Río Grande.

En verdad, es éste uno de los más distinguidos libros de cuentos que hayan aparecido en el mundo de las letras hispanas desde hace mucho tiempo.

WILLIS KNAPP JONES,
Miami University,
Oxford, Ohio.

ANGEL F. ROJAS, *Banca*, Novela escolar.—Quito, 1940.

En el último decenio la literatura nueva del Ecuador ha gravitado en torno a un principio de cercanía objetiva en el tema y de militancia doctrinaria en la intención. Así, el relato volcó todas las calidades materiales directas de la convivencia social, en un estilo áspero — insur-